

**Al retornarnos a la caverna platónica, esta pandemia COVID-19 nos ofrece una diáfana mirada a nuestra realidad actual como civilización. No obstante, con el auxilio de la ciencia y de la fuerza del mito, nos obsequia también una oportunidad de cambio, de reordenar nuestra escala de valores y de sanar nuestra relación interhumana y con el planeta.**

La actual pandemia, quizás originada por un planeta hartado de nuestros estropicios, nos obsequia una enorme e ineludible oportunidad de cambio. Y acaso pueda que no tengamos que esperar la parusía, para lograr nuestra redención. Pues el coronavirus nos ha forzado a experimentar —si bien inversamente— la alegoría platónica, retornándonos a la caverna, para poder ver la realidad como es. Y percatarnos allí que nuestras fatuas ideologías y caducos sistemas políticos y económicos son sólo sombras, meras falacias construidas e intencionalmente alejadas de la luz de la biología, de la ciencia, de la responsabilidad y de la igualdad. Fundadas sólo en el victimismo, la vacuidad ética y el individualismo. Las cuales no sólo han contaminado las relaciones humanas, sino también a nuestro hermoso planeta azul. El cual hoy, sin nuestra nefasta actividad, viene sanando su flora y fauna por doquier. Y puede quizás, he ahí la paradoja, que este virus nos permita sanarnos a nosotros mismos y a nuestra relación con la madre tierra. Bien decía el jefe lakota Luther Oso Parado que el corazón de un hombre, alejado de la naturaleza, se endurece. Y que la falta de respeto por las cosas que allí crecen, pronto se extiende a los seres humanos.

La obligada reclusión nos ofrece la chance de reencontrarnos con nuestra naturaleza, reflexionar sobre nuestro pasado, restablecer el contacto humano directo y reconectar con nuestra propia espiritualidad. Además, esta epidemia nos llama a reordenar nuestra actual escala de valores —variando la jerarquía, por ejemplo, de la solidaridad—, a tomar consciencia que son la ciencia y la biología -y no falsos idearios- las que vienen ahora en nuestro auxilio y a estimar aquellos oficios que se evidencian hoy fundamentales, como el del agricultor, del recolector de desechos y de los profesionales de la salud. Nos anima también a revalorizar a la familia y a percatarnos, como individuos y naciones, de nuestra radical interdependencia. Y frente a la realidad que hoy vivimos, como Sísifo, debemos tornar al mito, a fin de que su fuerza vital y moral nos socorra. Es más, la ciencia -nuestra otra aliada- y éste no son incompatibles, pues una es descripción objetiva de las cosas, y el otro una guía para actuar sobre el significado subjetivo que atribuimos a éstas.

**La obligada reclusión nos ofrece la oportunidad de reencontrarnos con nuestra naturaleza, reflexionar sobre nuestro pasado, restablecer el contacto humano directo y reconectar con nuestra propia espiritualidad**

Nos decía Thomas Mallory en su conocido libro que “dicen algunos en muchas partes de Inglaterra que el rey Arturo no ha muerto, sino que por voluntad de nuestro señor Jesús fue a otro lugar; y dicen que volverá”. Y ese tiempo hoy ha llegado, el del retorno del rey Arturo. El cual nos invita a ocupar el “asiento peligroso” a fin de que hallemos el grial de nuestra salvación. Torna a nosotros no *in praesentia*, sino a través de su viejo

código ético, el cual, esperanzado, insufla a nuestros corazones. Y frente al egoísmo e indiferencia imperante, nos propone: mantener la palabra empeñada; defender y respetar nuestra fe; velar por la justicia; socorrer al pobre e indefenso; estar preparados para el combate; cuidar de aquello que nos da la subsistencia; ser cortés, fuerte, compasivo, sabio, generoso, caritativo, valiente, virtuoso, leal, sencillo, veraz y justo. De la adopción de estas reglas por cada uno de nosotros, basadas en la empatía y el altruismo, depende el progreso de nuestra especie y su supervivencia.

Hoy que la peste nos invita, nuevamente, a la “danza macabra”. Seamos conscientes que, para declinar al convite, hemos de cambiar nuestra relación con las demás personas, con el planeta y con nosotros mismos. Dejar de quejarnos y de culpar a los demás, para asumir la responsabilidad individual —como también colectiva— de nuestros actos. Volvemos solidarios y reacomodar nuestras prioridades, verbigracia, la vida antes que la economía. Entonces quizás tengamos esperanza, y me gustaría pensar que es así, pues como el señor Chow del entrañable film *2046*: «A mí también me gustan los finales felices, pero no sé escribirlos».